

cho, y el derecho, sobre todo, ha de reinar en el mundo.

No hagamos á Hegel la injuria de creer que él, un pensador, se propusiera predicar el derecho del más fuerte, por más que á esta consecuencia conduzca su doctrina. Hay elegidos entre los pueblos, como hay héroes entre los hombres. Esos pueblos elegidos desempeñan una mision, y todo lo que hacen para cumplirla es un derecho. Tienen, pues, derecho á la dominacion, derecho que las otras naciones no pueden invocar, porque carecen de él ante esos elegidos de Dios, y no ocupan lugar preferente en la historia (1). Hé aquí una de esas fórmulas pretenciosas que sirven para legitimar todos los abusos de la fuerza. Los Romanos eran uno de esos pueblos dominantes; luego sus violencias y sus perfidias son legítimas; por lo ménos, el resultado de su política está justificado. Los Italianos y los Griegos, los Galos y los Españoles carecían de derecho. ¿Ha reflexionado bien Hegel en las consecuencias de esta palabra terrible? ¿Un pueblo sin derechos! ¿Entonces estará en la misma línea que los brutos! Se le puede reducir á esclavitud; méjor dicho, es esclavo por naturaleza. Entre las naciones esclavas por el nacimiento se encuentran los Germanos: ¡su destino es divertir al pueblo rey en los sangrientos circos donde se degüellan los gladiadores! También hay en los tiempos modernos pueblos que cumplen una mision divina. La nacion que hizo la Revolucion del 89, ¿no está marcada por el dedo de Dios? ¿Diráse por esto que frente á la Francia revolucionaria quedaba la Europa sin derecho? ¡Napoleon, el heredero de la Revolucion, estaba, por tanto, en su derecho pisoteando á la Alemania, destruyendo á las dinastías y dividiendo los pueblos! No, la mision que Dios da á sus elegidos, héroes ó naciones, no les otorga un derecho superior, ántes les impone deberes más estrechos; no quita su derecho á los que se encuentran en el camino de los privilegiados: no hay sér sin derecho. Los grandes hombres y los grandes pueblos no son los que sacrifican la humanidad á su egoismo, sino los que se sacrifican por la humanidad.

Otro tanto dirémos de la filosofía. No tiene por mision únicamente comprender lo que existe, como quiere Hegel, sino con preferencia preparar el por-

(1) HEGEL, *Philosophie des Rechts*, p. 425.

venir. Si el mundo estuviese destinado á eterna inmovilidad, diríamos que á la filosofía sólo una cosa le quedaba por hacer, reconciliar á los hombres con el mundo, demostrándoles el orden y la armonía bajo la apariencia del desorden. Pero el mundo cambia sin cesar, y la ley del progreso preside á sus trasformaciones. Por tanto, si todo tiene su razon de ser, tiene también su razon de desaparecer. ¿El progreso se cumple por una fuerza ciega, sin el concurso de la humanidad? Entonces el hombre no es más que la rueda de una máquina, y no cabe verdaderamente la pena de filosofar sobre su destino. Pero si este destino lo realiza el hombre por sí mismo, si es el agente del progreso que se cumple, entonces la filosofía tiene otra mision que comprender, y está llamada á obrar; cábele un papel activo en el desarrollo de la humanidad, y debe prestar su concurso á la marcha progresiva de los pueblos; es decir, que debe preocuparse del porvenir tanto como del presente. Se dice que los poetas son los profetas del porvenir. También los filósofos entran por mucho en esta obra de trasformacion incesante que constituye la vida del género humano, y deben investigar el ideal. Hegel trata de soñadores á los que salen de la realidad para imaginar un estado, un mundo perfecto (1). No le falta razon, cuando las especulaciones filosóficas no tienen en cuenta la realidad de las cosas. Pero esta realidad es precisamente el objeto de la filosofía de la historia, la que enseña que el presente procede del pasado, pero que el presente encierra los gérmenes del porvenir. Si el porvenir procede del presente, claro es que debe tomarlo en cuenta. El progreso es una evolucion, no una destruccion.

Quiere esto decir que la doctrina del progreso no alimenta la inquieta agitacion, ávida siempre de cambios y de trastornos, que convertiría la vida humana en una revolucion permanente, lo cual sería peor que una quimera, porque se reduciría á la anarquía organizada. La verdadera filosofía de la historia enseña la paciencia; al paso que nos consuela de los males presentes, nos da la esperanza, ¿qué digo? la certidumbre de un porvenir mejor. Sí, el presente tiene su razon de ser, puede decirse que es hasta la expresion del ideal eterno, dentro de los límites que comporta el estado actual de la

(1) HEGEL, *Philosophie des Rechts*, p. 18.

sociedad. Basta esto para reconciliarnos con nuestro destino. Pero no basta á contentarnos, porque sus límites son una consecuencia de nuestra imperfeccion. Somos perfectibles, y por tanto, los límites deben ensancharse, ya que no desaparecer por completo. El hombre nunca está satisfecho del presente, porque tiene la conviccion instintiva de que el presente debe ir perfeccionándose sin cesar. La filosofía debe mantener este divino desaliento, mostrando al hombre un ideal superior á la realidad, porque es esta una aspiracion que da alimento al progreso. Decir, con Hegel, que la filosofía no debe salir del mundo actual, equivale á despojar al hombre del móvil que le impulsa á perfeccionar lo que existe; es el fatalismo del hecho, y conduce á inmovilizarle. El error de Hegel ¿no trasciende á la concepcion de Dios? Si Dios se confunde con el mundo, no cabe admitir ni una libre actividad del hombre ni un verdadero progreso: la historia se convierte en una evolucion fatal.

#### § VII.—El fatalismo positivista.—Augusto Comte.

##### N.º 1.—Las pretensiones.

Á creer á Augusto Comte y al más eminente de sus discípulos, el autor de la *Filosofía positiva* sería un revelador de la raza de Moises y de Jesucristo. El orgullo del hombre es desmedido. Á su mujer escribía que "su obra estaba destinada á marcar una época importante en el desenvolvimiento general de la razon humana." Á Stuart Mill escribía: "Á los ojos de los más grandes pensadores de nuestro tiempo, mi obra fundamental ha asentado por fin todas las bases esenciales de una verdadera filosofía, propias para satisfacer las principales exigencias, sean mentales, sean sociales, de la situacion actual de las poblaciones occidentales" (1). Todavía estas pretensiones excesivas no son nada en comparacion del orgullo monstruoso que mostró el autor de la *Filosofía positiva* cuando trasformó su doctrina en religion. Al leer á sus discípulos el primer capítulo de su *Política positiva*, donde expone sus ideas religiosas, les recomendó "abstenerse de toda observacion, bajo el supuesto que no escucharía ni atendería ningun-

(1) LITTRÉ, *Augusto Comte y la Filosofía positiva*, p. 333, 373.

na" (1). Es esta la jactancia de la infalibilidad, bajo la falsa humildad de los vicarios de Dios; pero todavía hay en ella un resto de respeto á los hombres. Comte no conserva sino el orgullo. Habla de los más grandes genios con que la humanidad se honra con un desden que disgusta. Á Mill escribía: "El famoso Schiller no me ha parecido nunca, por las traducciones, un verdadero poeta, sino más bien un torpe imitador del gran Shakespeare; su necio sentimentalismo metafísico, alimentado por la influencia de Rousseau, me es insoportable" (2).

Si Schiller es un tonto, ¿qué dirémos del comun de los mortales? Las palabras del revelador son oráculos; los hombres tienen que aceptarlos, como los dogmas proclamados en Roma son verdades divinas para los fieles, áun cuando tales verdades se refieran á la Inmaculada Concepcion ó á la infalibilidad del papa. Durante muchos siglos, el vice-Dios que tiene en Roma su trono persiguió á sangre y fuego á todos los que no creían en las falsas verdades que debían salvar su alma: la Iglesia quemaba en este mundo á los heréticos para entregarlos despues á las llamas eternas. La sangre cesó de correr, gracias á la filosofía; los heréticos dejaron, al parecer, de existir. El mundo está entregado á las disputas de los hombres; pero como ninguno posee la verdad absoluta, ninguno puede tampoco condenar á los demas. ¡No hay que desesperar del orgullo humano! Augusto Comte consideraba herejías las disidencias de opinion que encontraba en sus discípulos; y si se mantenían persistentes ó incurables, acusaba al corazon de ser solidario de esas desviaciones intelectuales (3). De aquí á condenar la herejía como un crimen, no hay más que un paso. ¿No parece que estamos en Roma ante el tribunal de la santa Inquisicion?

Comte ha encontrado un discípulo que le es muy superior por la ciencia, Littré: si éste se engaña sobre el valor de la doctrina positivista y sobre la autoridad de su inventor, no se debe á presuncion, sino á una ceguedad inconcebible en tan claro y profundo entendimiento. Hay que oírle hablar de la *Filosofía positiva* de Augusto Comte; nunca han sido con frases tan entusiastas celebra-

(1) LITTRÉ, *Augusto Comte*, p. 527.

(2) LITTRÉ, *Augusto Comte*, p. 438.

(3) COMTE, *Carta de Mill* (LITTRÉ, *Augusto Comte*, p. 455 y siguientes).

dos Platon y Aristóteles, Bacon ni Descartes. Esa obra tan pesada, tan indigesta, tan mal escrita, que su lectura no puede soportarse, ha cambiado el nivel de la ciencia: "Augusto Comte, dice Littré, ha creado la ciencia de la historia, que no existía, y á proporcion ha ido sacando de ella la filosofía. Cuanto dice es nuevo, todo es creacion suya, y los descubrimientos brotan bajo su mano." Con efecto, la historia que Comte escribe es de su creacion, porque es completamente imaginaria. Suponed que ocurra á alguien el capricho de escribir la historia de la luna ó de un planeta cualquiera; esta historia sería del género de la escrita por el nuevo revelador. Sin embargo, Littré recomienda al lector sus páginas de un fastidio mortal: "En cuanto á mi, dice, que las he leído tantas veces, no dejo en cada nueva lectura de encontrar algun precioso hallazgo que no había anteriormente apercibido, alguna indicacion cuyo alcance no había comprendido. El tiempo, léjos de debilitar mi admiracion, la fija y completa," (1).

Luégo verémos los magníficos hallazgos que Comte ha hecho en historia; por de pronto hacemos constar las pretensiones del maestro y las increíbles ilusiones de los discípulos. Stuart Mill es un entendimiento tan distinguido como Littré y todavía más original; así nos preguntamos con sorpresa cómo ha podido escribir el pensador inglés que el *Curso de filosofía positiva* eleva á su autor al más alto lugar entre los pensadores europeos. Mill es casi tan entusiasta como Littré al hablar de las que estima admirables concepciones de Augusto Comte: "Su obra, dice, es verdaderamente enciclopédica, y la más importante que ha producido la filosofía de las ciencias," (2). ¡Y Stuart Mill exalta así al filósofo francés en una obra de filosofía! ¡Singular filosofía que pone la psicología al nivel de la astrología y niega la metafísica! Su filosofía es de una sencillez extrema, pero no nueva, porque se reduce al materialismo puro. El cerebro no es el órgano de la inteligencia ni la condicion de ejercicio de las facultades espirituales, sino la causa y la sustancia de la razon; el espíritu es una funcion del cerebro (3). ¿Cómo eleva un filósofo al

(1) LITTRÉ, *Augusto Comte*, p. II, 5, 181, 183

(2) STUART MILL, *A system of logic*, t. II, p. 346; t. I, páginas 421, 423, 540.

(3) Véase el excelente discurso de MR. TIBBERGHEN sobre el ateísmo, el materialismo y el positivismo (Bruselas, 1867), p. 8 y siguientes.

primer rango de los pensadores á un escritor que comienza por negar el pensamiento? Porque ¿qué es el pensamiento sino una modificacion del cerebro? Así Mill rechaza la opinion de Comte sobre la psicología; pero aprueba calurosamente su método histórico, y celebra la grandeza de la filosofía nueva en sus aplicaciones á los destinos de la humanidad. No pasa esto de un arrebato de entusiasmo. Por nuestra parte preguntamos de nuevo á qué se reducirán los destinos de la humanidad en el supuesto de que el hombre sea pura materia. ¿Cabe entusiasmarse con semejante idea? Á decir verdad, el escritor inglés no deja, en medio de su entusiasmo, de hacer ciertas reservas en cuanto al valor de las conclusiones (1). Mas ¿no son esas conclusiones, es decir, esas aplicaciones, las que constituyen toda la ciencia de Comte? Y si no pasan de verdaderas puerilidades, ¿á qué se reduce la filosofía nueva con su vanidad de *positiva*?

Augusto Comte tiene por sí mismo un entusiasmo de mujer. Miss Martineau va á revelarnos otra nueva pretension de la filosofía positiva que no es por cierto la ménos chocante (2). Dice que en Inglaterra hay una multitud de espíritus que han abjurado las creencias teológicas sin haberlas reemplazado con otras; esos espíritus están desquiciados, desconcertados, y son un peligro para sí mismos y para la sociedad. Felizmente la filosofía positiva les abre una puerta para recibirlos: "El temor supremo de cuantos se interesan por el bien de las naciones es que los hombres no boguen sin rumbo, faltos de un ancla para sus creencias. Los peligros morales de semejante estado de fluctuacion son formidables." Miss Martineau cree que en la obra de Comte se encontrará el remedio contra una multitud de aberraciones, de especulaciones dañosas, de escepticismos irreflexivos y sin freno, de incertidumbres morales y de abatimientos, y promete á los infelices extraviados "reposo para su pensamiento y base inmutable para sus convicciones intelectuales y morales."

No sólo en Inglaterra, en toda Europa, en todo el mundo civilizado hay espíritus extraviados, creyentes, que han perdido la fe y que flotan á merced de las falsas doctrinas, que adoptan ó que de-

(1) STUART MILL, *A system of logic*, t. II, p. 610-612.

(2) MISS MARTINEAU, *The positive philosophy of Auguste Comte* freely translated and condensed (London, 1853), Prefacio, página VIII.

jan para seguir otras todavía más falsas; ¿acaso la filosofía positiva les ofrece un puerto seguro donde por fin no les combatan las incertidumbres? Las ilusiones de los discípulos de Comte sobre el particular no tienen límites. ¡Cómo! Hombres que sienten la necesidad de creer, pero que no pueden creer en la religion tradicional, ¿encontrarán el reposo del alma en una filosofía que no admite á Dios ni la inmortalidad del alma? ¡Los espíritus atormentados encontrarán *base inmutable* para sus convicciones morales en una filosofía de la que su autor descarta los problemas que han atormentado y atormentarán siempre al hombre! Si hay almas frias que se contentan con la nada, que experimentan cierta satisfaccion en desterrar del mundo á Dios y en negar el alma, esas quizas aplaudirán una filosofía que reduce el hombre á la materia. Los ciegos de nacimiento podrán gozarse con la idea de que los demás hombres no ven y de que la luz del sol es una quimera; pero sería preciso una fuerza de imaginacion extraordinaria para imaginar que los que conservan su vista y contemplan la tibia luz del día serán felices cegando voluntariamente en aras de su amor por las tinieblas.

#### N.º 2.—El gran descubrimiento.

##### I.

"Estudiando, dice Augusto Comte, el desenvolvimiento total de la inteligencia humana en sus diversas esferas de la actividad, desde su primer vuelo hasta nuestros días, *creo haber descubierto una gran ley fundamental*, á la que está sujeto por una necesidad invariable... Esta ley consiste en que cada una de nuestras principales concepciones, cada rama de nuestros conocimientos, pasa *sucesivamente* por tres estados teóricos diferentes: el estado teológico ó ficticio, el estado metafísico ó abstracto y el estado científico ó positivo. En otros términos: el espíritu humano, por su naturaleza, emplea *sucesivamente* en cada una de sus investigaciones tres métodos de filosofar: primero el método teológico, después el metafísico, y, por último, el positivo," (1). Tal es el *gran descubrimiento*. El maestro y los discípulos insisten sobre él á cada paso. Oigamos á Comte y á Littré:

(1) COMTE, *Curso de filosofía positiva*, t. I, p. 3.

En el estado teológico, el espíritu humano dirige esencialmente sus investigaciones hácia la naturaleza íntima de los seres y las causas primeras y finales de todos los efectos que llaman su atención. Representase los fenómenos como producidos por la accion directa y continua de agentes sobrenaturales cuya intervencion arbitraria explica las anomalías aparentes del universo. Las concepciones teológicas son la forma más antigua del pensamiento comenzando á especular, tales como el politeísmo, el brahmanismo, el zoroastrismo, el budhismo, el mosaismo, el cristianismo y el mahometismo. La filosofía teológica admite entre el hombre y los agentes sobrenaturales comunicaciones que le revelan los altos misterios, y se apoya sobre libros que se dicen inspirados.

En el estado metafísico, los agentes naturales son reemplazados por fuerzas abstractas, por abstracciones personificadas, inherentes á los diversos seres del mundo, y conocidas como capaces de producir por sí mismas todos los fenómenos observados. Comte dice que el estado metafísico no es más que una simple modificacion del primer estado. Littré, por el contrario, afirma que difiere de él en su origen y en sus resultados, y que ha nacido de otro impulso de la inteligencia. La filosofía metafísica no lo refiere todo á voluntades sobrenaturales, sino más bien á la razon: es el racionalismo reemplazando á la autoridad divina. La teología se ocupa exclusivamente de los personajes divinos; la filosofía ensancha su esfera con el panteísmo y el materialismo, es decir, que la especulacion se dilata abrazando también el estudio de la materia; que participe ó no de lo divino, poco importa; siempre hay un adelanto considerable en la especulacion filosófica.

En el estado positivo, el espíritu humano reconoce la imposibilidad de obtener nociones absolutas; renuncia á investigar el origen y el destino del universo, y se dedica únicamente á descubrir las leyes de los fenómenos, es decir, sus relaciones invariables de sucesion y de similitud. Nada de voluntades sobrenaturales, ni de ideas necesarias, ni de leyes. Todo emana de la experiencia y á la experiencia retorna (1). No pudiendo Dios someterse

(1) COMTE, *Curso de filosofía positiva*, t. I, p. 4 y 5.—LITTRÉ, *la Filosofía positiva* (*Revista de Ambos Mundos*, 1866, t. IV, páginas 836, 837).

al crisol, queda sin cabida en la filosofía positiva; no pudiendo el alma ser palpada, queda excluida del positivismo. Resta saber lo que es de la humanidad y de la historia, si al menos, ya que no hay Dios ni alma, se piensa y se obra como si no existieran. Dos palabras aún sobre el *gran descubrimiento*.

Lo que hay en él de verdadero es tan viejo como la filosofía. Desde que el hombre piensa hay una especulación religiosa, una especulación filosófica y una especulación científica. Concíbese que en la infancia de las sociedades, el espíritu humano, falto de experiencia, se complazca en las quimeras del mundo sobrenatural ó de la metafísica. No hay pensador, por fútil que sea, que no haya reconocido esta sucesión ó este progreso en el desarrollo del pensamiento. Pero Augusto Comte va más lejos: esos diversos métodos de filosofar, según él, difieren radicalmente, y el uno al otro se excluyen. El *gran descubrimiento* querrá entonces decir que la humanidad comienza por ser religiosa, se trueca después en filosófica, y acaba por abandonar la religión y la filosofía para hacerse positivista. Este pretendido descubrimiento, entendido así, queda anulado por los hechos, como lo está por la naturaleza de las cosas.

¿Es la religión un error de la infancia que rechazamos al llegar á la edad de la razón? Sí, hay una faz de la religión que corresponde á la infancia de la humanidad y que ésta acaba por abandonar: lo sobrenatural, el milagro. Mas el espíritu humano ¿deserta la religión al despojarse del milagro? El cristianismo protestante responde victoriosamente. Un escritor protestante dice que el hombre es un animal religioso, y los hechos confirman su aserto. Desde luego la religión es eterna; irá modificándose como todas las manifestaciones del espíritu humano, pero no perecerá jamás. Véase cómo el positivismo flaquea por su base. Diráse que la religión se va; sí, en cuanto al cristianismo tradicional; no, en cuanto á lo que ese mismo cristianismo tiene de verdadero. Los escritores positivistas harían mejor en atenerse á los hechos que en profetizar. ¡Miren en torno suyo, y digan si ha muerto la religión cuando la necesidad de creer impulsa al hombre á las viejas supersticiones!

Si la religión es eterna, la filosofía lo será también; en el fondo ambas son idénticas, como dice Augusto Comte; su objeto es el mismo, el conoci-

miento y la práctica de la verdad. Por más que comenzaron por creer que poseían la verdad absoluta, acaban por reconocer que deben contentarse con un rayo de la verdad eterna. Del hecho de renunciar á la verdad absoluta ¿habrá que deducir que abdicen? Que los positivistas tiendan en torno suyo la vista, y digan si el espíritu humano ha cesado de filosofar. Tampoco es cierto que la filosofía excluya á la religión. En otros tiempos trabó con el cristianismo sus alianzas; la mayor parte de los Padres de la Iglesia proceden de la filosofía griega; y el dogma cristiano, preparado por la filosofía, se ha desarrollado bajo su influencia. Si la verdadera filosofía es hoy hostil al cristianismo tradicional, consiste en que no cabe filosofía sin libre pensamiento y en que la Iglesia es enemiga mortal del pensamiento libre. Por el contrario, hay un cristianismo que se dice liberal, es decir, amigo de la libertad de pensar. La alianza entre la filosofía y la religión se renovará y será eterna.

¿Qué significa, pues, esa sucesión de métodos filosóficos imaginada por Augusto Comte? Una ilusión. Los tres estados que, según él, se han venido sucediendo y se excluyen recíprocamente han coexistido siempre. ¿Dónde hay especulaciones filosóficas más variadas que en la India brahmánica y en la Grecia politeísta? Las más veces los mismos hombres eran filósofos y sacerdotes á la vez, y hasta lo eran positivistas, puesto que experimentaban. Los sacerdotes de Egipto ¿no eran médicos y filósofos? La filosofía metafísica ¿no se ligaba perfectamente con el espíritu de las ciencias positivas? Leibnitz era filósofo y matemático. ¿Por qué la religión no habría de unirse á las ciencias experimentales? Newton era teólogo, lo que no le impidió ser un sabio de primera línea. ¿Acaso sólo los que destierran á Dios y al alma de sus especulaciones son hombres de ciencia?

Opongamos á Comte un testimonio que tendrá á sus ojos valor más subido que cuantos de los nombres más célebres pudiéramos invocar, el suyo propio. ¡Cosa notable, acaso la más notable en el positivismo! El mismo hombre que ha hecho el *gran descubrimiento* de que la religión sólo corresponde á la infancia del espíritu humano, y de que la humanidad, al llegar á la edad del positivismo, debe repudiarla como una quimera, ese hombre ha concluido por darse ínfulas de revelador de una nueva religión. ¡Prodigiosa y nunca vista contra-

dicción! Figuraos un fundador de religión que demuela en el último período de su vida lo que en el primero ha edificado, que abata lo que ha elevado, que desprecie lo que ha cultivado, y tendréis el espectáculo dado por Augusto Comte. Para poner el colmo á ese cambio de rumbo singularísimo, ha de considerarse que nuestro filósofo desertó la escuela que quería fundar una nueva religión. ¿Qué reproche dirigió á los san-simonianos el discípulo y amigo de San Simón? Que querían mantener la idea religiosa. Transcribamos las palabras soberbias que escribió en 1832 á Miguel Chevalier: "Nunca, en ninguna época, he vacilado en proclamar altamente la influencia de las *ideas religiosas, aún restringidas*, como el *gran obstáculo*, en la época actual y en los pueblos más avanzados, á los grandes proyectos de la inteligencia humana y á los perfeccionamientos de la organización social. La *vía científica* que continuamente he seguido desde que comencé á pensar *está evidentemente en oposición radical y absoluta contra toda especie de tendencia religiosa*," (1). Pues bien, el hombre que escribía las anteriores líneas en 1832, se hizo, algunos años más tarde, apóstol, ¿qué digo? profeta de una religión nueva. Repudió altamente la palabra filosofía para sustituirla por la de religión; abandonó esa *vía científica* que siempre había seguido, y entró en la que es un obstáculo á todo progreso de la inteligencia. Él mismo nos dice que su *gran descubrimiento* es una vana ilusión de su espíritu, puesto que equivale á la reprobación de la idea religiosa; ¿qué confianza podemos prestar á un revelador que de antemano ha condenado toda religión? Y ¿qué pensar de su discípulo, que comenzó por tomar en serio la religión nueva de su maestro?

Pero ¿acaso Augusto Comte se convirtió seriamente á la idea religiosa? ¿Recobró acaso la creencia universal del género humano, la adoración de Dios y la fe en la inmortalidad? No, la humanidad es el único objeto de su adoración. La idea no era nueva; no era esa la primera vez que el orgullo humano se ha adorado á sí mismo; pero Comte ha llegado hasta el extremo de añadir el ridículo al absurdo. El que adora es al mismo tiempo adorado. El niño en su cuna es un Dios que viene al mundo y que aprende á balbucear por el auxilio de

otra fracción del mismo Dios. No hay para qué decir que Dios es un sér imperfecto; el horror de la perfección, de lo absoluto, es la única cosa que Comte ha conservado de su antigua doctrina. Su Dios es limitado, relativo, sometido á todas las fatalidades ordinarias y extraordinarias. ¿Debe la religión servir de puerto de refugio á las almas que sufren? Esas almas abandonan los altares del Cristo porque no pueden creer en un Dios-hombre. ¡Y en cambio se ofrece la humanidad á su adoración, es decir, que se las convida á adorarse á sí mismas!

Con sorpresa creciente nos preguntamos cómo un hombre que tiene sus cinco sentidos puede tomar en serio semejantes disparates. Y cuenta que estamos al principio, en lo que pudiera llamarse la parte razonable del disparate ó de la locura. Si entráramos en el detalle del nuevo culto, crearía el lector que le habíamos conducido á una casa de locos; ¿qué representan la tierra y los planetas *dotados de inteligencia*? Pues qué, ¿se reconoce *inteligencia* á la *materia*, y se desconoce una inteligencia suprema? ¿Qué es la *Trinidad* positivista, llamada también *Triunvirato*? Se compone de la *Tierra*, ó gran ídolo, porque Comte rehabilita el fetiquismo, del *Espacio*, ó gran medio, y de la *Humanidad*, ó gran sér. Ante esta ridícula parodia de la teología cristiana, monsieur Littré pierde la paciencia. "¿Quién ha de creer, exclama, que la Tierra haya manifestado su buena voluntad y sus buenas intenciones al género humano?," Tememos convertirnos en cómplices de la más extravagante locura que haya cruzado la imaginación de un loco; sin embargo, fáltanos todavía mencionar á la *Virgen Madre*, es decir, á la mujer que concibe sin concurso de varón. La Virgen Madre es "*el resumen sintético de la religión positiva*," ¡Hé aquí algo más que la Inmaculada Concepción! Compréndese que Comte, después de semejante *descubrimiento*, haya creído en su infalibilidad; así se titula *el gran sacerdote de la humanidad*! (1).

¿No es esta una completa locura? Sí, hasta el punto que nos preguntamos si vale la pena continuar la crítica de la pretendida religión de Comte. Littré mismo confiesa que esta religión destruye radicalmente el positivismo: "Mr. Comte, en las

(1) LITTRÉ, *Augusto Comte*, p. 194.

(1) Consúltese sobre todas estas alucinaciones, á LITTRÉ, *Augusto Comte*, p. 571-586, 631 y nota.